

ver sobre mí; pero no habia podido Gelanor alumbrarme sino irri-
tándome : me aparté de él con enojo, y me encerré solo en mi
cuarto para entregarme sin estorbo á mi pena y mal humor.

Triste, impaciente y áspero, huia del trato y sociedad viviendo
melancólicamente retirado lo mas del tiempo en mi aposento; no
obstante buscaba, como á pesar mio, á Rosamira. Ella huia de mí,
y cuando yo queria acercarme, leia en su semblante tanto desden
y empacho, que no me atrevia á hablarle. Una tarde la encontré en
un cenador del jardin, estaba sentada y sepultada en una profunda
cavilacion. Me acerqué, y conociendo que habia llorado le pregunté
la causa de su pesar. Suspiró y me dijo : Zumio acaba de irse de
aquí; le he visto enfadado conmigo, y lo siento mucho... ¿Está en-
fadado? pregunté yo muy gozoso, ¿y por qué razon? Á esta pre-
gunta Rosamira me miró indignada sin hablar palabra : persistió
en callar por mas que la insté y pregunté. La esperanza habia en-
trado en mi pecho, Zumio estaba descontento, Rosamira no se
atrevia á hablar; imaginé que habia adivinado mi amor y que le
agradaba. Olvidé todas mis resoluciones y lo que debia á Zumio;
arrojéme á los piés de Rosamira y le declaré mi amor con los tér-
minos mas expresivos : no me fué posible sacarle una palabra; pero
no vi en su hermoso rostro señal alguna de enojo; ántes bien creí
ver en sus ojos alguna alegría. Esto me hizo solicitar una respuesta
con nuevo ardor. Rosamira siempre muda, hizo ademán de levan-
tarse y de huir de mí; temiendo entónces disgustarla no quise
apremiarla mas, la dejé y me fuí.

Lleno de esperanzas, ó mas bien no dudando de mi dicha, bus-
qué un sitio solitario para pensar en Rosamira. Habia ya dos horas
que me estaba paseando, cuando de improviso se me puso delante
Zumio; sus ojos arrojaban llamas de enojo. En fin, pérfido, me
dijo, ya has conseguido engañar á Rosamira. Algun tiempo hace
que la veia pensativa y taciturna; pero ya finalmente se ha deci-
dido mi suerte : ahora acaba de decirme que no me ama y que te
adora...

— ¡Ah Zumio, qué me dices! ¡amado Zumio! ¡cuánta lástima
te tengo! ¡sé bastante generoso para sacrificarme tu amor!... —
Preciso es hacerlo; pero al mismo tiempo pierdo toda la amistad
que os tenia... — ¡Zumio mio!... — No merecéis que nadie os
tenga afecto; yo por mi parte no olvidaré jamas una traicion tan

indigna... — Zumio, yo no te he hecho traicion : ¿te has fiado de
mí? no por cierto. Aun ántes que hubiese visto á Rosamira te reze-
labas de mí : nunca Fanor hubiera sido tu rival, á no ser por tus
injustos zelos, tus injurias y coléricos arrebatos. Tú me has ultra-
jado, insultado y hecho perder la paciencia; tantas ofensas me han
hecho olvidar por un instante la memoria de nuestra amistad : he
sido débil, pero no pérfido. Ademas quitándote el corazon de Rosa-
mira no he quebrantado ningun vínculo formal : aun no te habia
prometido Rosamira su mano : solo te habia dado algunas esperan-
zas. Triunfa, pues, amado Zumio, de tu resentimiento y no exageres
mis yerros; Rosamira se muda, olvidala y no turbes mi dicha con
quejas que me afligen. Al acabar estas palabras me acerqué á Zumio
para abrazarle; pero él se apartó de mí con horror, diciendo : *os
aborrezco*, y al punto desapareció.

Mucho lo extrañé; pero me hallaba feliz, y así fácilmente disculpé
su enojo, y sin volver á acordarme de él fui volando á los piés de
la divina Rosamira. Al principio me recibió con mucho empacho,
pero ¡qué grande fué mi gozo cuando despues, asomándosele los
colores al rostro, me dijo que me amaba únicamente; que solo ha-
bia tenido á Zumio una mera inclinacion ó preferencia, y que lo que
sentia por mí era una pasion verdadera! — ¿Pues qué, podré creer
que me amáis por mí mismo? ¿estáis segura de que la ambicion?...
— ¿Podéis, señor, pensar tal cosa? ¡Ah! deseched esa injusta sos-
pecha. No conozco mas ambicion que la de agradaros, y aunque no
tuviéseis, en vez de este Palacio, mas que una choza que ofrecirme,
os prefiriera á todos los Reyes y Genios del universo.

¡Juzgad de las delicias que estas razones dichas en el Palacio de
la Verdad me causarían! ¡Cuán dulce me era la posesion de mi Pa-
lacio que me habia proporcionado semejante gozo! Porque en fin,
decia yo en mi interior, si no estuviésemos aquí, tal vez podria per-
suadirme á que estas razones son exageradas... No me separé del
lado de Rosamira sino para ir á disponer los preparativos del hime-
neo que debia unirnos el dia siguiente... En breve se divulgó esta
noticia por todo el Palacio. Arpáliza, que habia catorce dias que
sabia la virtud de él, se habia ocultado á la vista de todos, y en-
cerrada en su cuarto encubria en él su vergüenza y rabia, esperando
con impaciencia el término de los tres meses que era preciso pasar
en el Palacio. Zumio, que era ya mi mayor enemigo, se habia en-

cerrado con ella : y yo únicamente ocupado en Rosamira, no me hallaba en estado de arrepentirme de mi yerro, ni de sentir la desgracia de ser justamente aborrecido.

¡Qué larga se me hizo aquella noche ! ¡la brillante hacha de himeneo no habia de encenderse para mí hasta el día siguiente!... Me consideraba próximo á casarme con la persona mas bella y amable del universo ; estaba seguro de su virtud, noble modo de pensar y pureza de su alma : sabia tambien de cierto que me amaba con extremo ; volvia á disfrutar de la felicidad que la divina Azelia me habia hecho gozar ; y Rosamira ménos viva y mas juiciosa que Azelia, no tenia ni sus caprichos ni sus rarezas, y parecia prometerme una felicidad mas sólida y permanente.

Apénas empezó á rayar el alba, cuando no pudiendo dominar á mi impaciencia, me hice invisible, y fui al cuarto de Rosamira : quise llevarla una bandeja llena de flores y pedrerías, en la cual habia puesto un billete que yo queria que leyese al despertar : entré en su alcoba sin poder ser visto ni oido. Aun dormia Rosamira ; despues de haber puesto la bandeja á los piés de su cama, me detuve un rato para contemplarla. Iba ya á retirarme, cuando volviendo los ojos hácia una mesita que estaba al lado de su cabecera, me quedé hecho estatua al ver sobre ella la caja talisman que el Rey de los Genios me habia dado para preservarme del encanto de mi Palacio. Al pronto creí que una semejanza engañosa me alucinaba ; registro mis faltriqueras y hallo la caja : vuelvo á alentar, me tranquilizo, la examino con cuidado, y me parece la misma ; cojo no obstante la otra caja puesta sobre la mesita de Rosamira, y entónces ya no me es posible dudar de mi desgracia : al confrontarlas conocí perfectamente que la de Rosamira era mi caja, y que la que yo tenia en la faltriquera no era mas que una imitacion, pero muy semejante. Confundido, desesperado, y no pudiendo comprender nada de aquello, tomo el verdadero talisman, y dejo la otra caja sobre la mesa ; vuelvo á tomar mi bandeja para que no se pudiese sospechar el trueque, y me salgo del modo que habia entrado.

No podré pintaros mi dolor é indignacion ; ignoraba cómo, y en qué tiempo habia podido Rosamira apoderarse de mi talisman ; pero era claro que no me lo habia quitado sino para engañarme. ¡Ni todo el arte de los encantamientos, exclamé varias veces, es suficiente

para librarnos de la perfidia de las mujeres ! ¡en este mismo Palacio una de ellas halla todavía secreto para engañarme!...

Luego que Rosamira se vistió fui á su cuarto. Mi turbacion era tal, que Rosamira movida de la alteracion que advirtió en mi fisonomía, me preguntó la causa con inquietud. He hecho muchas tristes reflexiones, le dije, y os confieso que estoy zeloso de Zumio... No tenéis razon, replicó Rosamira, y me agraviáis en tener zelos. Estas palabras me llenaron de gozo ; pero prosiguió diciendo : Bien podéis estar cierto para siempre de mi fidelidad, mi virtud es sólida é invencible : vais á recibir mi mano, y yo preferiré la muerte á la infamia de ofenderos. Nada habia prometido á Zumio ; he podido renunciar á él sin delito, sacrificando el amor á la ambicion... — ¡Qué decís ! ¡oh cielos, exclamé yo ! — ¡Á qué viene ese extremo, replicó admirada ! ¿No estáis persuadido de que os amo con pasion?... — ¿Debo creerlo en efecto ? — Es verdad que no os tengo ningun amor, y que aun amo á Zumio ; pero mi virtud sabrá triunfar fácilmente de esta inclinacion. Nunca volveré á ver á Zumio, y procuraré amaros. El agradecimiento y el deber lo pueden todo en mi corazon : vos tenéis mucho orgullo, yo soy virtuosa, con que fácilmente os persuadiré que os adoro.

Ya entónces me fué imposible reprimirme mas ; prorumpí en quejas, é hice saber á Rosamira que habia recobrado el talisman que ella me habia quitado. ¡ Ah, exclamó al oír esto, ya está Zumio vengado de una amante ambiciosa, y de un amigo pérfido ! El cielo es justo... Sí, señor, la ambicion habia seducido mi alma. Instruida de vuestro amor por Zumio, no pude ocultar que envidiaba los honores y poder que tendria la que fuese vuestra esposa : indignado Zumio me dijo mil injurias, y me irritó ; le mandé que se fuese : un instante despues llegásteis vos. No queriendo daros á conocer mis sentimientos determiné callar. Apénas os fuisteis cuando vi brillar entre la yerba ese talisman fatal, que sin duda se os cayó de la faltriquera cuando os echásteis á mis piés. Por una rara casualidad tenia yo una cajita de cristal de roca enteramente parecida á él ; creí al pronto que era mi caja, pero al examinarla con mas cuidado vi los caracteres misteriosos que tiene grabados sobre la tapa, y entónces no dudé que fuese un talisman. Hábiame dicho Zumio que la virtud del Palacio no tenia poder en vos : imaginé que esa caja seria quizás el preservativo de que os valíais contra este peligroso en-

canto. Al punto voy á mi cuarto : busco y encuentro la caja parecida á la vuestra ; con la punta de un diamante grabo é imito perfectamente los caracteres mágicos. Hecho esto llega Zumio, y pruebo en él la virtud de vuestro talisman. Puedo decir á Zumio que ya no le amo ; y en fin veo que esa caja me vuelve la facultad de disfrazar mis sentimientos. Despido á Zumio desesperado, voy á buscaros, y os encuentro : no tenía mas temor que el de que hubiéseis ya advertido mi hurto, aunque apénas habian pasado dos horas. Vuestras razones me tranquilizan, y en tanto que me habláis, meto sin ser sentida en vuestra faltriquera mi caja de cristal, y guardo la vuestra. Bien conocí que con el tiempo, quedándonos aquí, no podríais ménos de echar de ver este engaño, pero me lisonjeaba de que fácilmente podria obligaros á salir en breve de este Palacio. La ocasion me habia tentado, la ambicion me apremiaba, y no habia tenido el tiempo de hacer todas las reflexiones que hubieran podido apartarme de este designio.

Ahora ya lo sabéis todo, señor ; me culpo de haberos engañado, y sobre todo de haber sacrificado á Zumio. Pero en fin no he manifestado perversidad, y no soy despreciable; privada del talisman que os habia quitado, aun puedo decir que amo la virtud, y que nunca me hubiera apartado de las obligaciones sagradas que impone, si mi artificio hubiese salido bien, y me hubiese casado con vos.

Á estas palabras, obligado á estimar á la ambiciosa Rosamira, penetrado de dolor, oprimido de la desesperacion, y mas enamorado que nunca, me arrojo á sus piés : ¡ Oh Rosamira ! exclamé. ¡ No me es posible vencer este amor, aunque veo que no soy correspondido ! No soy amado... Pero á lo ménos dignaos de darme el derecho de amaros siempre; dignaos consentir aun en reinar en este Palacio, úna himeneo para siempre mi destino al vuestro : pronto estoy á llevaros al altar ; venid... Señor, respondió Rosamira, no tengo un alma heroica, mas tampoco la tengo vil. Casándome con vos por ambicion, hubiera querido satisfaceros haciéndoos feliz ; ya no tengo esa esperanza, y así renuncio vuestra mano.

Admirado de esta estimable escrupulosidad de Rosamira, procuré en vano combatirla. Persistió firme en su resolucion ; volvió á ver á Zumio, y le refirió cuanto habia sucedido : determinó salir aquel mismo dia del Palacio de la Verdad, y Zumio me dijo que estaba determinado á acompañarla. Espero, añadió, que luego que este-

mos fuera de este maldito Palacio, podrá Rosamira persuadirme que no me ha ofendido sino levemente, y que debo olvidar todo lo que ha pasado. Á Dios, señor, y para siempre si os quedáis aquí, porque hago juramento de no volver jamas. — ¡ Pues qué, Zumio, tú me abandonas ! — Ya no os aborrezco, puesto que Rosamira no os quiere, pero conservo aun un vivo resentimiento ; si pudiese ocultárolo, como á pesar de todo os quiero todavía, y me dáis lastima, sería capaz, para consolaros y para excitar vuestra gratitud y admiracion, de cederos una mujer, mayormente cuando ella me ha dejado por ambicion. Pero estáis leyendo en mi corazon, no me es posible mostrarme más generoso y ménos vengativo de lo que soy en realidad ; además de que si con el tiempo me arrepintiese de haber hecho un sacrificio semejante, al instante lo sabríais, y perderia todo el fruto de él ; y así á Dios, señor : si queréis tener amigos, creedme, escoged otra habitacion.

De este modo me abandonó Zumio. Tuve la amarga pena de verle marchar con Rosamira, y perdí á un tiempo en aquel funesto dia mi dama y mi amigo. Gelanor me quedaba, porque la curiosidad le detenia en un sitio que daba campo á un filósofo para muchas reflexiones. Movido de mi profunda tristeza me instaba á que me ausentase del Palacio. No, Gelanor, le dije, no ; quiero quedarme en él hasta tanto que haya encontrado una mujer amable, virtuosa y sensible, que pueda consolarme de las penas que el amor me ha causado hasta ahora.

Un dia que me paseaba solo por los jardines vino Gelanor á hablarme : Vengo á avisaros, me dijo, de la llegada de dos huéspedes, un hombre y una mujer sumamente hermosos, que acaban de entrar inconsideradamente en este Palacio, y que despues han sentido muchísimo saber que estaban obligados á pasar tres meses en él. Están en consulta, y creo que quieren pedir licencia para casarse aquí... pero es verosímil que al cabo de un cuarto de hora de conversacion no tengan tales ganas ; porque hasta este tiempo para que riñan en este Palacio los amantes mas tiernos. Al decir Gelanor estas palabras vimos al amante que se encaminaba hácia nosotros ; me acerqué á él, y le pregunté si persistia todavía en la resolucion de casarse con su dama. — Sí, señor, me respondió, y esta resolucion es tanto mas sólida cuanto que no es el amor quien la inspira. — ¡ Pues cómo, no estáis enamorado ?... — No, señor. En otros tiem-

pos amaba en extremo á esta misma persona, y ella me correspondia; un suceso extraordinario nos separó: me robaron mi dama, y no me privaban de ella sino para perseguirla. Yo lo sabia, y al mismo tiempo ignoraba á qué sitio del mundo la llevaban; pero el amor me imponia la obligacion de buscarla, y salí de mi patria haciendo juramento de no volver á ella hasta haber encontrado á la que adoraba. Mi viaje duró mas de tres años. El amor me siguió, ó mas bien me acompañó y condujo en todo el tiempo del primer año: pero tanto duró el camino que me abandonó, y no obstante esto le proseguí; pero iba ménos aprieta, me detenia mas á menudo, me detuve demasiado, y al fin me prendé de otra.

El honor y la amistad me hicieron acordar de mi juramento, volví á proseguir mi viaje, y di por fin con la que habia amado con tanto extremo, que ya no era á mis ojos mas que una amiga estimable y querida. Agradeció en extremo todo cuanto yo habia hecho por ella, pero incapaz de disimulo, me confesó que ya no estaba en su mano corresponder al amor que creia inspirarme todavía, y que en el tiempo de una ausencia tan larga otro objeto habia cautivado su corazón. Ahora, añadió, he recobrado mi libertad, y conozco que estoy para siempre libre de las seducciones del amor: ¡Oh Nadir! recibe esta sincera declaracion por prueba de mi agradecimiento; si despues de esta confesion me amas todavía, estoy pronta á consagrarte mi vida. Has perdido una amante apasionada, pero puedes hallar en mí una esposa fiel y una amiga la mas tierna.

Estas razones me llenaron de gozo; dejé de disimular, manifesté mi corazón á aquella amiga tan generosa como amable, y la insté á que se efectuase nuestra union, la que ella me prometió luego que hubiésemos llegado á nuestra patria. Nos pusimos al punto en camino; al cabo de un mes estábamos cerca del termino de nuestro viaje, cuando se ofreció á nuestra vista este brillante Palacio: movidos de la curiosidad hemos entrado; pero ya que debemos estar en él tres meses, os suplico, señor, permitáis que nos casemos. — Desde luego, respondí yo, si tu dama lo desea. — Ella viene hácia aquí, respondió Nadir, vos mismo, señor, podréis preguntárselo. Entonces vuelvo la cabeza, y veo en efecto que la dama se acercaba á nosotros... Me estremezco, mi corazón palpita con violencia, y me arrojé hácia ella... ¡Cielos, exclamé, es Azelia!... No me engañaba,

era ella en efecto. La sorpresa, el pasmo, un sentimiento inexplicable mezclado de dolor, de despecho y de alegría, tan diversas y tan violentas sensaciones me dejaron inmóvil. Pero Azelia, dando una gran carejada, me dijo: Ya veo, señor, que sois incorregible, porque ya conozco la virtud de este Palacio... ¿Es este el fruto que habéis sacado de mis lecciones y consejos?... No pude tolerar estas chanzas, y sobre todo el tono alegre y desembarazado con que Azelia me hablaba: corrido y desesperado no le respondí nada; y me aparté de ella aceleradamente para ocultarle una turbacion que era imposible disimular. No habia yo hasta entónces amado verdaderamente á nadie mas que á Azelia; esta pasion, que habia sido tan violenta y verdadera, se volvió á encender: volví á ver aquel mismo dia á Azelia, y la hallé mas amable y bella que nunca; era tan natural, tan franca, y tenia tanto entendimiento, que era imposible que el Palacio de la Verdad le hiciese perder nada de sus gracias y natural gracejo.

Ya no la amaba Nadir, Azelia no sentia por Nadir mas afecto que la amistad; la esperanza me sedujo: hablé, supliqué á Azelia prefiriese al indiscreto Nadir un amante apasionado. Considerad, le dije, que Nadir ya no tiene amor, y que yo os adoro. — Señor, respondió Azelia, el amor pasa, pero la memoria de los buenos procederes queda, y de ella nacen el cariño y estimacion permanentes. He podido olvidar el amor de Nadir, pero nunca olvidaré que se ha ausentado de su patria, y que ha recorrido el mundo durante tres años por buscarme y socorrerme... — ¿Pues qué, tendréis la crueldad de casaros con Nadir á mi vista?... Si lo hacéis mi desesperacion será... — Será un capricho y no otra cosa. ¿Cómo podéis pedirme seriamente que os sacrifique á un amigo tan fiel y generoso, vos, que ni aun tenéis el corto mérito (porque este mérito es siempre involuntario) de llorar á lo ménos durante un tiempo regular la amante que habiais perdido por vuestra culpa? Los habitantes de este Palacio son poco callados; les he preguntado, y bien debéis presumir que tengo largas noticias de Arpáliza y Rosamira. No me habléis, pues, de un sentimiento que no puede moverme; abrid, señor, los ojos: naturalmente sois virtuoso, sois amable; pero en tanto que conservareis la desconfianza injuriosa é imprudente curiosidad que os caracterizan, no conoceréis ni el sosiego, ni la felicidad. Ved lo que os ha costado ya esa funesta manía que os arras-

tra á querer penetrar lo mas secreto del corazon de los que amáis; sin hablar de mí, acordaos de la bella Rosamira : es prudente, virtuosa, sensible á los beneficios, y capaz de agradecimiento; en cualquiera otra parte, fuera de este Palacio, hubiera podido, casándose con vos, haceros del todo feliz. ¡Y aquel amable Zumio que os amaba tanto, tambien le habéis precisado á que os dejase!... ¡Ah señor! dejad ya de querer destruir unas ilusiones tan necesarias; abandonad este Palacio fatal, ó renunciad para siempre á la amistad, al amor, á la sociedad, y en fin á todos los sentimientos y gustos que son la dulzura y el encanto de la vida.

Estas razones hicieron en mi corazon una impresion tanto mas profunda, cuanto que Azelia persistió con inalterable firmeza en la resolucion de casarse con Nadir. No pudiendo tolerar un espectáculo tan cruel, tomé en fin mi partido, y queriendo á lo ménos llevar conmigo el aprecio y estimacion de Azelia, colmé á Nadir de beneficios, prometiendo á Azelia que nunca volveria al Palacio de la Verdad por motivo de inquietud, desconfianza ó zelos. Mas prudente sería, dijo Azelia, tomar la resolucion de no volver nunca á él. — No puedo, le respondí, obligarme á eso, pero para haceros ver que mi ánimo es de venir pocas veces, y hacer poca parada, os entrego, oh amada Azelia, este talisman que la ambiciosa Rosamira me habia hurtado; ya sabéis que es un preservativo seguro contra la virtud de este Palacio; aun debéis estar aquí cerca de tres meses, y en este tiempo podrá seros de alguna utilidad; ya es vuestro, guardadlo, yo renuncio á él para siempre. — Lo aceptaré, respondió Azelia, si me permitís que se lo dé á Nadir. ¡Es siempre tan penoso engañar, y es á veces tan dulce permitir que nos engañen!... Si estoy satisfecha de Nadir, no temeré que lea en mi corazón... permitid que le entregue este talisman... — Sois dueña de hacer lo que gustareis, y ahora que está en vuestras manos, dignaos de escuchar por la última vez la fiel expresion de los sentimientos que me inspiráis, Azelia. ¡Ah! nunca he amado á nadie como os amo... nunca os olvidaré... Á Dios, tened lástima del desgraciado Fanor... vuestra compasion y afecto son los únicos consuelos que pueden mitigar mi dolor.

Vi correr las lágrimas de la amable y sensible Azelia; demasiado enternecida para poder responderme me alargó una mano que yo bañé con mis lágrimas... En fin, me aparté de ella, la dejé para

siempre, y salí del Palacio de la Verdad, al cual no he vuelto desde entónces.

Esta es mi historia, añadió el Genio; este es el importante secreto que he tenido valor para ocultaros mas de diez y seis años. Jamas he dudado, querida Altemira, de tu amor y virtudes; el Palacio de la Verdad no puede aumentar el cariño que te tengo, y podria debilitar, ó á lo ménos alterar por algun tiempo el amor tan fino que nos une : si me crees, no emprenderemos este peligroso viaje. No, Fanor, respondió la Reina; quiero gozar de la dicha de repetirte en el Palacio de la Verdad que solo á ti he amado.

No le pesaba al Genio que la Reina manifestase una obstinacion que era prueba de su virtud, no obstante exigió que reflexionase con madurez este designio otros seis meses; si al cabo de este tiempo, añadió, no has mudado de opinion, entónces partiremos sin demora. Pasados los seis meses se dispuso el viaje, y la Reina quiso llevar consigo á su hija y á Filamir, aquel Príncipe que debia casar con ella. Mi hija, dijo la Reina, está segura del corazon del Príncipe, pero desea que él pueda leer en su alma, y que ántes de recibir su mano conozca todo su amor. Filamir, aunque sabe ya el encanto del Palacio, está muy deseoso de acompañarnos. Tambien quiere Zeólida que vaya con nosotros su amiga la amable Palmis que tanto estimamos, y cuento con decirle esta noche la virtud del Palacio. Tambien tengo yo ganas, replicó el Genio, de llevar tres ó cuatro cortesanos que deseo mucho conocer á fondo; quiero que ignoren á qué sitio tan temible para ellos voy á llevarlos, porque si se lo avisase, imagino que no les faltarian pretextos para excusarse del viaje. Y así encargad bien el secreto á Zeólida, Filamir y Palmis.

Aquella misma noche la Reina y la Princesa fiaron aquel secreto á su amiga. Palmis manifestó al pronto mas sorpresa que ganas de hacer el viaje; pero despues de un poco de reflexion : En realidad, dijo, nada tengo de importancia por que temer : os profeso un cariño y amistad sincera, y desde luego convengo en acompañaros. Palmis añadió á esta promesa la confianza de hacerles saber que amaba á un jóven de la corte llamado Crisal, y temia su natural inconstancia; Crisal era hombre de moda, ventaja que no debe inspirar mucha confianza á una amante : deseó Palmis que el suyo fuese con ellos, y el Genio se lo concedió.

Partieron finalmente : el Genio, la Reina, la Princesa, Filamir y Palmis eran los únicos que conocían el Palacio de la Verdad, y á medida que se iban acercando á él perdían la alegría, y se apoderaba de sus corazones la tristeza é inquietud. Zeólida era la que estaba mas sosegada; pero Filamir estaba cada vez mas distraído y pensativo, Palmis se entristecía visiblemente, y la Reina estaba temerosa al ver la turbación de Fanor. Los áulicos que no estaban instruidos de aquel misterio procuraban en vano hacer revivir la muerta alegría del Genio, de la Reina y de Zeólida. Nunca el amable y brillante Crisal, amante de Palmis, habia manifestado tanto deseo de agradar, ni tanta gracia, y cuando hablaba á Palmis á solas la pintaba su pasión con tanto afecto y vehemencia, que se veía precisada á reprender sus dudas y temores.

En el número de los cortesanos que acompañaban al Genio habia uno de genio raro, y que pocas veces se halla en las cortes. Aristeo (así se llamaba el tal) habia hecho grandes servicios al estado. Habiendo obtenido los mayores puestos, por solo su mérito, no era ya jóven cuando se introdujo en la corte. Se presentó en ella con unos modales groseros, y con una aspereza que le hacían original, y tanto mas gustosa cuanto aquella clase de genio hacia un contraste mas particular con el de los demas palaciegos. Un cortesano severo y regañón no debia al parecer medrar mucho en la corte, por esto mismo gustó desde luego casi generalmente. Todos se divertían con sus rarezas, pero luego que conocieron que tenia tanto talento como mal humor, procuraron apartarle, pero ya era tarde; el Genio y la Reina le estimaban mucho, y así se quedó en la corte, y lo que es aun mas extraordinario, su humor no se desmintió jamas : no solo nunca aduló, sino que tampoco se oyó salir de su boca el mas mínimo elogio, y aunque era capaz de servir á sus amigos con eficacia, en su vida dijo una cosa agradable ó tierna, ni tampoco hizo la mas mínima protestación de amistad.

Entre tanto se iban acercando al Palacio de la Verdad; y el Genio tuvo una conversacion particular con la Reina : Te confieso, le dijo, que no entraré sin pena en ese Palacio que me ha sido tan funesto, y no puedo disimularme que tendré gran necesidad de tu indulgencia. ¿Qué marido en el espacio de diez y siete años no habrá tenido algun deslíz? Por tanto me afligirás si me haces muchas preguntas acerca de mi conducta pasada... — Pues bien, respondió Altemira

algo picada, prometo no haceros ninguna... — Yo me obligo á lo mismo, interrumpió el Genio. — No, señor, yo no tengo nada de que avergonzarme, y no temo vuestra curiosidad. — Y yo confieso que temo mucho la tuya; me veria obligado á responder con la mas exacta sinceridad y... — Confiesa que te arrepientes vivamente ahora de haber sacrificado á aquella hermosa Azelia, que tanto amabas, el precioso talisman con que podías ocultar tus pensamientos en el Palacio de la Verdad. Suspiró Fanor sin responderle; y la Reina se quedó triste y muy pensativa.

Ya descubren finalmente los brillantes muros del Palacio mágico; mas de un corazón se sobresaltó; pero se conocían demasiado tarde todas las consecuencias de aquel peligroso viaje. Se apean todos de los coches, se adelantan y entran por las puertas fatales. El primer objeto que se presentó á la vista del Genio fué el venerable Gelanor, aquel virtuoso filósofo á quien habia dejado habia ya mas de diez y ocho años en el Palacio de la Verdad. Fanor se aparta prontamente de la Reina, y muy gustoso de hallar un pretexto para separarse de ella, va corriendo á abrazar á Gelanor, y se le lleva á los jardines. ¡Ah señor! le dijo el viejo, ¿con quién venís á este Palacio? — Con mi mujer... — ¡Oh cielos, con vuestra esposa! ¿Estáis en vos?... — Estoy cierto de su virtud... — ¡Ah señor! ¡Hace diez y ocho años que vivo aqui, y he visto tantos maridos llegar muy confiados, y salir desengañados para siempre!... — No puedo tener ese temor, puesto que Altemira conocia la virtud de este Palacio, y ha querido venir á él; no tengo ninguna inquietud de lo que ella me diga : solo temo lo que me obligará á decirle.

Pero dime, sabio anciano, satisface mi curiosidad; aun no ha podido el tiempo borrar de mi memoria á Azelia, y todo lo que veo en este sitio me la hace presente. ¿Dime, pues, si despues de mi ausencia se casó con Nadir? — Si, señor, y aquel mismo dia entregó á Nadir el talisman que la habíais dado. Sumamente prendado este de un proceder tan fino y generoso, se impuso la ley de no preguntar nada á su esposa, y de este modo pasaron aqui los tres meses con suma paz y contento : seguid, señor, su ejemplo. — Por mí desde luego, con tal que la Reina se convenga.

En tanto que Fanor hablaba con el filósofo, Zeólida se paseaba por otra parte con su madre y el resto de los viajantes. La Princesa iba un poco delante, y Filamir á su lado. Despues de un rato de si-

encio, tomando este la palabra : Desde que estamos aquí, dijo, siento un empacho insuperable... No me atrevo á hablaros de mi amor, porque temo que mis expresiones os parezcan ménos tier-nas... — ¿Segun eso exagerábais ántes de que estuviésemos en el Palacio?... — ¡Lo temo!... — ¡Ingrato!... Y yo hasta ahora no os he manifestado sino á médias el amor que os tengo... — ¡Ah Zeólida, qué declaracion tan dulce!... — ¿Decidme, pues, que me amáis?... — Sí, solo á vos amo, y sola vos podréis asegurar la felicidad de mi vida. — ¡Ah, exclamó Zeólida, ya estoy satisfecha!... Nosotros, amado Filamir, haremos ver que este Palacio no puede ser dañoso á los amantes verdaderos, y que léjos de destruir el amor le aumenta mas, disipando todas las dudas que á veces produce un cariño vivo y delicado. Al pronunciar Zeólida estas palabras se acercaron á ella la Reina y Palmis; Filamir se apartó, las Princesas se separaron del grupo de cortesanos, y se esparcieron por los jardines : Filamir y Crisal se encaminaron hácia un bosquecillo, á la entrada del cual hallaron á una jóven sentada sobre un banco; era bonita, Crisal quiso absolutamente verla de cerca y hablarle. El Príncipe al cabo de un instante de conversacion conoció que aquella jóven acababa de llegar, y que conocia tan poco como Crisal la imposibilidad en que estaba de disfrazar sus pensamientos. Le preguntó su nombre, y ella respondió que se llamaba Azema. Tiene Vd., le dijo Crisal, una carilla buena para divertir un rato. Crisal, que creia haber empleado una alabanza muy exagerada, se quedó admirado al ver el aire desdeñoso con que Azema recibió su cumplido. ¿Pues qué, prosiguió, es Vd. mujer y la lisonja no la seduce? — ¿Llama Vd. á eso lisonja? ¿le parezco á Vd. fea? — ¡Cómo fea! Acabo de darle á entender que no he visto en mi vida otra mas hermosa... — Vaya : Vd. delira; bien que me importa poco, porque á pesar del deseo que tengo de que todos me amen, no siento ningun deseo de agradarle... — Esto sí que es franqueza é ingenuidad... — ¿Vd. me cree ingenua?... — Á lo ménos muy sincera... — Nunca digo una palabra verdadera, pero sé revestirme de un aire de candidez, y persuadir que soy la misma sinceridad.

Al oír esto Crisal se echó á reír, y Azema volviéndose á Filamir : Y Vd., señor, le dijo, ¿por qué se empeña en callar?... — ¿Qué le importa á Vd.? respondió riéndose Filamir... — Vd. me gusta... — Y yo no he visto nunca persona que me agrada tanto como Vd...

— Realmente digo que me agrada Vd. mucho : apostaré á que es muy sensible, muy crédulo... — En efecto sé amar... — Sí, lo creo, como un niño. ¿Tendrá Vd. por casualidad una *pasion verdadera*?... — Sí, una pasion que decidirá de mi suerte... — Ya me lo dudaba yo, y me encanta esa noticia... — ¿Y podré saber por qué? — Me gusta mucho descomponer las pasiones verdaderas. ¿Se halla aquí la que Vd. ama?... — Sí. — Pues la veré, y si es bastante bonita para picar mi amor propio, haré que sea Vd. inconstante. Esta tarde me pasearé por aquí : se lo aviso á Vd. para que venga á buscarme.

Al decir estas palabras Azema se levantó, Filamir quiso detenerla : Déjeme Vd., dijo ella, quiero hacer como que le hallo muy peligroso y que le huyo. Entónces Azema se puso muy seria y modesta, hizo una gran cortesía y se fué. ¡No he visto, exclamó Crisal riendo, mujer mas loca y extraordinaria!... Todas las mujeres son coquetas y artificiosas, pero esta es la única á quien he visto confesarlo con tanta indiscrecion. Ese deseo de seducir y de engañar junto á su mucha imprudencia, la hacen verdaderamente tan graciosa como original. Si yo me hallase en vuestro lugar, señor, no faltaria esta tarde á la cita. — ¡Estás en ti, Crisal?... — ¿Y por qué no? ¿acaso porque amáis á la Princesa? ¡Qué niñería! ¿Esos escrupulillos os detienen? — ¿Crees que fuese posible trastornar la cabeza á una coqueta del genio de Azema? — Seguramente; si sabéis manejaros lo conseguiréis sin duda. — No tengo ciertamente semejante deseo... Pero confieso que esta cita me aviva la curiosidad...

Palmis, á quien vieron venir hácia ellos, interrumpió esta conversacion : aun no habia tenido ocasion de hablar sin testigos con Crisal. Luego que le vió se acercó á él, y el Príncipe los dejó solos. Palmis estaba turbada, no se atrevia á hacer preguntas á su amante, y Crisal distraido y preocupado no echaba de ver ni su turbacion ni su empacho. En fin, Palmis dando un suspiro; Crisal, dijo, Vd. calla, ¿pero á lo ménos piensa Vd. en mí? Á esta pregunta, manifestando Crisal un semblante el mas amoroso, y besando tiernamente la mano de Palmis; No, le dijo, nunca me acuerdo de Vd. se lo protesto... — ¡Cómo es posible! exclamó Palmis. — ¿Lo duda Vd.? ¡Ah ingrata! interrumpió vivamente Crisal. ¡Ah Palmis, qué injusta es Vd.! Sí, continuó arrojándose á sus piés, nunca he pensado